

Mario Hernández Aguirre

El misterio de las puertas en la literatura de Franz Kafka



EN EL MUNDO es necesario estar continuamente llamando a innumerables puertas, subir por insondables escaleras, soportar muchas ventanas con gente que nos mira recorrer infinitos pasillos. Se ha calculado el tiempo de nuestra vida transcurrido en comer, dormir o amar. Pero jamás se ha hecho un cálculo del que gastamos ante las puertas, sobre las escaleras, tras las ventanas y a lo largo de los corredores.

Los apologistas de Franz Kafka se complacen en su filosofía de la desorientación, minucioso postergar y subordinación infinita. Pero hay algo más importante, o tan importante como aquello: *El Proceso*, *La Metamorfosis*, *El Castillo*, *América*, están colmados de puertas, ventanas, escaleras y corredores.

América comienza en los pasillos de un barco. Las últimas palabras de *El Castillo* se refieren a una puerta cerrada. Muchedumbre de frases inadvertidas contienen el secreto de Kafka y nos hacen señales desesperadas para que nos fijemos en ellas y no en las que merecen pena eterna de los comentarios.

"Quería estar a un tiempo en todas las puertas". "Alargó el brazo derecho en dirección a la escalera como si esperara encontrar allí milagrosamente la libertad". "Sus ojos se clavaron con fuerza en la

ventana". "...bajó varios escalones y desapareció no sin antes lanzar gritos que resonaron en toda la escalera". "K... no se preocupó mucho tiempo por él ni por las gentes del corredor, pues descubrió hacia el centro un pasaje sin puerta... Preguntó al ujier si era aquél el buen camino". "Hubiera podido creer que su ventana daba a un desierto". "La madre, a pesar del largo tiempo desapacible, había bajado el cristal de la ventana y violentamente inclinada hacia afuera cubríase el rostro con las manos". "Debieron dejar la puerta abierta como suele suceder en las casas en donde ha ocurrido una desgracia".

Hechiza la destreza con que Kafka maneja esos elementos. Como en un ajedrez existencial leemos las portadas que juega el personaje y las que le responde el destino avezado. Al lado del solitario de Praga otros novelistas nos parecen torpes. Nunca saben cómo abrir una puerta, cuándo se debe acudir a una ventana y qué debe pensarse en un corredor.

Ventanas, vestíbulos, pasillos, escaleras, todos derivan de las puertas. Una ventana es una puerta para mirar. Un corredor es una puerta de tres dimensiones. Una escalera es una puerta que se despliega y sube como un fuelle, una multiplicación de umbrales de puerta, ascendentes. Una antecámara es una antepuerta sin intemperie y disfrazada de habitación para hacer más resignada la espera. Si soplásemos una puerta con la magia precisa la transformaríamos en escalera, como esos veloces juguetes de cotillón que desenrollamos soplando para asustar amigos.

Llamar a muchas puertas enloquece. La locura de un personaje de Andreiev consistía en golpear suave e incansablemente toda puerta hasta que se abriera. La mano de este grillo de golpear puertas había adquirido una dureza de aldaba y su isócrono llamado llegaba a integrar el silencio, tal como le ocurre al otro grillo.

La tétrada puerta-ventana-escalera-corredor es el signo patognómico de lo kafkiano. En las 253 páginas de *El Proceso*, se mencionan 400 puertas, ventanas, escaleras y corredores y en las 90 de la *La Metamorfosis* aparecen 130 veces. Sumando alusiones e implícitu-

des el número se triplica. Haciendo un recuento en sus otras novelas, sobre todo en *El Castillo*, da cierto escalofrío.

Es cierto que en el *Quijote* hay muchas ventanas y en *Pickwick* muchas escaleras, pero estas escaleras, estas ventanas, no son deliberadas. Se las halla por los tontos motivos que suelen tener las escaleras y las ventanas para hallarse en sus casas: para que el aire entre por ellas, o para ir del segundo piso a la calle, o porque el arquitecto las dibujó y el morador se resigna. No tienen como las de Kafka terribles funciones que desempeñar. Son puertas, pasadizos, ventanas, desprovistas de sentido trágico.

Hay elementos similares cargados, sí, de sentido: partes necesarias en la mecánica del drama y figura de la alegoría a un tiempo mismo; el muro de *Calixto y Melibea*, chimeneas en Dickens, divanes en Goncinarov, buhardillas en Murger, el subsuelo de Dostoiewski, la escalera de *Cahterton* de Vigny desde la cual la heroína divisa al poeta muerto; y entre los actuales: la bomba de incendios de John Dos Passos, los automóviles flamantes y maltratados de Erskine Caldwell, las escenas en escaleras de Julien Green. Las calles, los caminos, las mesas de los cafés en Sartre. El desenvolvimiento constante de los personajes en las salas de recibo de Graham Greene. Pero en Kafka las puertas son más importantes que todo eso.

Toda puerta es misteriosa. Siempre hay una puerta que decide nuestro destino: la puerta a que no osamos llamar, la que franqueamos cuando aún no se nos esperaba, la que abrimos demasiado tarde, la que acertamos a cruzar en el momento preciso. Y siempre hay una puerta que decide el destino del personaje de Kafka: la puerta del castillo siempre cerrada para K... las puertas disimuladas del pintor Titorelli, la puerta del cuarto de Gregorio Samsa en donde "...la hermana, para anunciarle, sin duda, que debía retirarse, hacía girar lentamente la llave..." y las innumerables puertas de José, resumidas y simbolizadas en las Puertas de la Ley.

Con él se inicia una psicología de la ventana, una religión de la escalera, una historia de los pasillos, una filosofía de la puerta. Kafka descuella en ésta. El secreto de Kafka está en las puertas. Durante

toda su vida meditó en ellas hasta construirse una concepción del mundo hecho de puertas. Que el mundo es un laberinto, eso lo sabían muchos. Pero Kafka descubrió que era un laberinto hecho de puertas. La filosofía de Kafka se muestra como un mito platónico, en su parábola de la Puertas de la Ley: un hombre espera muchos años entrar por la Puerta de la Ley y muere sin conseguirlo, pero le es dicho antes de morir que esa puerta le estaba, sin embargo, destinada.

Kafka tuvo conciencia de las puertas. Se abrumó ante ellas y cuando se cumplió en su alma el milagro de la transubstanciación de las puertas, las llevó al mundo de la novela. Transportó allí la vida perdida en los umbrales y en los peldaños, los ensayos de muertes de las antecámaras. Creó personajes que encarnan el absoluto desamparo frente a una puerta cerrada. Y frente también a esa otra puerta que está dentro del alma y que no nos deja pasar.